

tan excelentes personajes? ¡Lloro, pues, hermanos míos, temiendo con justa razón que la tierra se abra bajo mis pies y me trague vivo, como sucedió á Datan y á Abiron; sobre todo viendo que despues de haber conocido la verdad y haberme convertido á Dios, he tenido luego la desgracia de descuidar mi salvacion hasta tal punto que me he puesto en peligro de ser echado de este monasterio, y ha sido necesario un fiador para asegurarse de mi enmienda. Así que no siento pena en confesarme culpable y conozco tan bien la enormidad de mis crímenes, que no dejaría de dar mi vida para obtener la remision de ellos, si se creyese que esto era necesario. »

Viendo San Pacomio que hacía tanto progreso en el combate espiritual, y que sobre todo se distinguía por la humildad, propúsole un dia por ejemplo á los hermanos reunidos, y les dijo que había uno entre ellos que sobrepujaba á todos cuantos buenos religiosos habia visto jamás. Como al principio no le nombraba, los unos creyeron que quería hablar de Petronio ó de Orsise, los otros de Teodoro; y el mismo Teodoro le suplicó que les dijese de quién quería hablar. El Santo se negó á nombrarle; pero, apretado más por Teodoro y los demás hermanos que á él se juntaron, les dijo por último; « Si yo creyese que aquel de quien quiero hablar se dejase llevar de la vana gloria, me guardaría muy bien de darle á conocer; pero estando cierto de que se humillará tanto más cuanto se oiga alabar más, no temo hacer públicamente su elogio, á fin de que os decidais más á imitarle. Es verdad que vos, Teodoro, y los demás que os imitan en el combate que librais contra los enemigos de la salvacion, teneis encadenado al demonio como se ata un pajarito, y le pisoteais como se pisotea el polvo; pero si por desgracia llégaraís á tomar con negligencia el cuidado de vuestra alma, pronto le veríais levantarse de nuevo y escapárseos; mientras que Silvano, que to-

avía es un novicio en comparacion de vosotros, y á quien antes queríais que se echase del monasterio, ha triunfado tan bien del demonio por su profunda humildad, que aquel espíritu maligno ni siquiera se atreve á parecer delante de él.

« En cuanto á vosotros, por más virtud que hayais adquirido, y aun cuando querais parecer viles á vuestros propios ojos, conociendo sin embargo el progreso que habeis hecho, no os estimais tan poco que no os apoyeis en vuestras buenas obras; pero Silvano, cuanto más generosamente, tanto más despreciable se cree, mirándose muy sinceramente como un siervo inutil; así que, á causa de estos sentimientos de humildad, derrama continuamente lágrimas. Añado que si vosotros le superais en experiencia y en largos combates contra el demonio, él os sobrepuja en humildad; y nada hay que desarme mejor al demonio y quebrante su poder, como la práctica sincera de la humillacion. »

Silvano continuó en ejercitarse de la misma manera en la humildad y penitencia durante ocho años que todavía vivió, al fin de los cuales terminó felizmente su carrera; y San Pacomio dió de él este glorioso testimonio, á saber, que una multitud de espíritus celestiales habian venido á recibir su alma cantando cánticos de alegría y la habian presentado al Señor como una víctima escogida y un muy precioso perfume.

DISCIPLINA MONASTICA DE TABENNES

Para dar á conocer enteramente á San Pacomio, hay que hablar de la disciplina que estableció en su Orden. Esta

ha sido hallada tan hermosa y tan admirable que ha servido de modelo y hasta de fundamento á todas las reglas monásticas que despues se han hecho, lo mismo en Oriente que en Occidente. Así que hay que mirar tambieu á este santo patriarca como el fundador de la órden cenobítica. No pretendemos nosotros decidir absolutamente que sea él el primero que reunió á los monges para vivir en comun en el mismo monasterio ; pero es cierto que dió á este estado toda su perfeccion formando un cuerpo religioso compuesto de muchos monasterios, como de otros tantos miembros unidos juntamente para la uniformidad de las reglas, la dependencia de un solo abad general y la direccion de un mismo espíritu.

San Antonio decía á dos discípulos de este santo maestro, que antes de él un tal Aotas había tenido el mismo designio ; pero que no habia salido con él porque no se había dedicado al mismo de todo corazon, y porque Dios había reservado á San Pacomio la realizacion de una obra tan santa.

Se vió bien que Dios era quien le había escogido para esta obra, porque fué constantemente esclarecido con luces sobrenaturales, y recibió de la mano de un ángel, como otro Moisés, la tabla de la ley que debía hacer observar á sus religiosos. El santo patriarca y sus primeros sucesores desarrollaron esta regla, pero mantuvieron escrupulosamente sus bases. En este punto todo el mundo está acorde. Parécenos ocioso indagar qué desarrollos pueden ser atribuidos á San Pacomio y qué otros á Orsise ó á San Teodoro, tanto más cuanto que la cuestion nunca ha podido ser bien dilucidada.

De esta regla traducida por San Jerónimo, así como de la historia del Santo, y de lo que Casiano y otros antiguos autores refieren, hemos recogido lo que vamos á decir de la disciplina de Tabennes. Nos hemos servido de la regla que

está al final de las obras de Casiano, en la edicion de Gazeo.

Capítulo 1.

La congregacion de Tabennes estaba compuesta, en vida de San Pacomio, de nueve monasterios de hombres, á los cuales en lo sucesivo y despues de la muerte del santo patriarca, San Teodoro añadió otros cuatro y un monasterio de mugeres, al cual el mismo San Teodoro añadió un segundo. Cada monasterio estaba dividido en tribus, las tribus en familias ó casas, y las casas en celdas. Los religiosos, segun la regla del ángel, estaban tres en cada celda. Las casas ó familias estaban compuestas de doce ó trece celdas, y habitadas por consiguiente por treinta ó cuarenta religiosos. Tres ó cuatro casas formaban una tribu ; así que cada tribu venía á componerse de unos ciento veinte ó ciento sesenta religiosos ; y como que había treinta ó cuarenta familias en un monasterio, segun que era más ó menos considerable, se deduce de aquí que los monasterios más pequeños eran de mil doscientos religiosos, y los mayores de mil seiscientos ; de suerte que, segun este cálculo, en los trece monasterios que subsistian de San Teodoro, habría habido más de diez y seis mil religiosos. Esta es la observacion de Gazeo sobre la carta de San Jerónimo, que sirve de prólogo á la traduccion de la regla de San Pacomio.

Sin embargo nos vemos obligados á confesar que esta opinion no es del todo segura ; puesto que Paladio, que solamente escribía diez y seis años despues de San Jerónimo, y que había estado en el monasterio de Panes, aduce cifras diferentes. Nosotros nos inclinamos á la opinion más probable.

Toda la Orden estaba gobernada por un jefe, á quien estaba más particularmente reservado el nombre de abad. Encuéntrase sin embargo en la historia de San Pacomio que

se dió algunas veces á superiores de menos rango. Este abad general velaba exactamente sobre todos los monasterios. Visitábalos con frecuencia, y hacíalo á menudo por medio de otros á quienes confiaba para este objeto su autoridad. Escribía también á los superiores y religiosos particulares segun que lo juzgaba necesario, é informábasele fielmente de todo lo que pasaba en los monasterios. En la *Coleccion de las Reglas de San Benito de Aniano*, hallamos algunas cartas de San Pacomio las unas dirigidas á Corneille, superior de Moncosa, las otras á Syr, superior de Pachsnum, y otras á los religiosos en general y á algunos en particular. En las que dirige á Corneille ó á Syr, se sirve de un language misterioso del cual hemos hablado ya.

El abad general tenía dos veces al año una asamblea en su gran monasterio de Pabau ; la una por Pascua, á la que eran llamados todos los religiosos ; la otra, el trece del mes de agosto, á la que solamente asistían los superiores de los monasterios, los priores de las casas ó familias, y los que tenían órden particular de ir allí.

La primera asamblea tenía lugar á fin de que todos los religiosos celebrasen juntos la gran solemnidad de Pascua. Se dirigian á Pabau el mártes santo, y no se volvian hasta despues de la octava de Pascua. En la segunda asamblea de agosto, se daba cuenta al gran ecónomo de la Orden del trabajo y de los gastos del año. Cada superior recibía allí del abad general las órdenes que necesitaba. Creábanse en ella nuevos superiores y otros oficiales segun que hacía falta. Allí se terminaban todas las diferencias que pudiese haber entre los hermanos, á fin de que se perdonasen mutuamente, y la paz y caridad reinasen en los corazones ; de donde procede que San Jerónimo diga que aquellos dias de remision y perdon eran una especie de Jubileo. En la *Coleccion de San Benito de Aniano* hay dos cartas de San Pacomio y una de San Teodoro para estas con-

vocaciones. Puede advertirse particularmente en la de San Teodoro que habla en ella de los catecúmenos de los monasterios que debían ser bautizados la vigilia de Pascua, y recibir en seguida el cuerpo y sañgre de Jesucristo.

Había para cada monasterio un superior á quien llamaban jefe, *princeps*, padre, egúmeno, raras veces abad, y otras ecónomo, ya sea que el ecónomo fuese algunas veces superior al mismo tiempo, ya que al menos lo fuese ordinariamente en algunos monasterios. Este superior tenía un vicario á quien se llamaba el segundo, para suplir su falta.

Como los monasterios estaban compuestos de muchas casas ó familias, cada familia tenía su jefe á quien se llamaba prior ó preboste, *præpositus*, y un segundo para ayudarle. El superior del monasterio daba cuenta inmediatamente al abad general, y los priores de las familias daban cuenta de su cargo al superior del monasterio, de quienes recibían la correccion y penitencia cuando el caso lo exigía.

Si se juzga del caso que se hacía en Tabennes del cargo de prior, por los diferentes puntos de la regla en donde se habla de sus obligaciones y de la conducta que debían observar, se reconocerá fácilmente que pasaba por uno de los más importantes, no con respecto al auge que le daba sino porque influía esencialmente en el sostenimiento de la observancia regular. Porque si los superiores velaban cada uno en su monasterio en general, teniendo cada prior menos religiosos bajo su jurisdiccion les observaba más de cerca, y podía por consiguiente velar mejor sobre la conducta buena ó mala de los particulares, que el superior del monasterio. Así se ve en el artículo 31 de la regla que cuando se trataba de permitir á un religioso hablar con sus parientes, ó hacer un viage, el superior se informaba del prior del estado de aquel religioso, y concertaba con él lo que era á propósito permitirle. Y sin duda hacía lo mismo en otros casos de esta naturaleza.

San Pacomio miraba este cargo de prior como tan importante que se extiende más particularmente y muy á la larga en su regla sobre las cualidades que debe tener el prior. (Reg. S. Pach art. 128.) Quiere, cuanto á sus disposiciones interiores, que esté fundado en humildad; que sea esclarecido en la ciencia de los santos, mortificado en sus pasiones, muy observante de la ley de Dios y de los preceptos de los antiguos; que ame la verdad y deteste la injusticia; que sea fervoroso y no negligente en el cumplimiento de sus deberes; que no tema la pena ni aun la muerte, sino que tema á Dios, etc. En cuanto á su conducta exterior, quiere que sea un modelo de gravedad religiosa, de recato, de modestia, de templanza, de regularidad y de mortificación; que no se entretenga hablando inutilmente ni riendo con los jóvenes, ni escuchando vanos chistes. Que no busque la buena comida ni una cama diferente y más cómoda que la de los otros ni hábitos más acomodados, etc. En cuanto lo que debe guardar para con los hermanos que están bajo su cuidado, quiere el Santo que no traspase para con ellos los límites de su autoridad; que no les gobierne con dureza; que no les hable con altanería; que tenga cuidado de que no se deslicen en su alma sentimientos de orgullo y vanidad cuando se ve obligado á corregirles, sino que lo haga sin perjuicio de la verdad que debe sostener y de la humildad que debe siempre conservar en su corazón. Le recomienda que siga siempre fielmente las reglas de la verdad, de la justicia y de la caridad, no dejándose seducir por las adulaciones, ni corromper con los regalos, ni quebrantar por la consideración de las personas. Recomiéndales sobre todo este último punto, y que tengan mucho cuidado en no abandonar jamás la verdad por miedo de lo que dirán las criaturas, sino que se sobrepongan á su juicio y que no teman más que al Señor.

Por lo tanto no quiere que bajo pretexto de defender la verdad, sean firmes hasta la duzeza y no consulten más que la justicia rigurosa á expensas de la misericordia; porque recomienda esta especialmente, y puede decirse que la humildad y la dulzura son las dos principales virtudes que de ellos se exigen, sin que por esto abandonen las demás.

Cuando el santo dice en su regla que los priores no deben pasar los límites de su autoridad, dá á conocer que ella es limitada, y que no la tenían tan estendida sobre sus familias como la tenía el superior sobre todo el monasterio. Ella consistía principalmente en velar sobre los hermanos confiados á su cuidado, á fin de que observasen fielmente la regla y toda la disciplina del monasterio. Consistía en enderezarles en todos los usos y ceremonias del coro, del rectorio y de las demás asambleas regulares. Consistía en andar siempre á su cabeza cuando iban al trabajo ó á algun otro ejercicio; en hablar por ellos y en su lugar, cuando las leyes del silencio y de la disciplina no permitían á los particulares hablar ó responder. Consistía en advertirles y corregirles, cuando faltaban á algun punto de la observancia, en instruirles y esclarecerles en sus dudas, y en estar siempre prontos para oír sus dificultades, sus tentaciones y penas interiores, y para responderles al instante y á propósito. Por esta causa estos priores debían ser personas instruidas en la vida espiritual y en la ciencia de la salvación, y versados en las Escrituras.

Pero, por otra parte, cuando se trataba de alguna cosa mayor que la infracción de las reglas y de una falta contra la disciplina, los priores debían advertirlo al superior del monasterio, sin lo cual eran ellos mismos reprendidos y algunas veces se les sujetaba á penitencia, como por haber coonestado con su silencio el pecado de su hermano, haciendo traición á su propia alma y á la del otro.

Estaba ordenado á los priores que consolasen á los hermanos de su familia que se hallaban en pena y tentacion, y se informasen de ellos del motivo de su tristeza cuando esta aparecia en su rostro; y si eran negligentes en hacerlo, ya por falta de compasion, ya por menosprecio de su hermano afligido, ya por altivez, ya porque sucediese que el superior mismo hubiese causado esta tristeza á aquel hermano con algun acto de injusticia, era depuesto de su cargo hasta que en su humillacion hubiese aprendido á ser más equitativo y tener más caridad.

Además, los priores hacian una instruccion tres veces por semana á los hermanos de su familia, y les hacian tambien dar cuenta de lo que habian retenido de las instrucciones del superior del monasterio, cuando este habia dado alguna.

Cada familia tenía sus edificios aparte. Los que eran del mismo oficio estaban reunidos en la misma familia. Así que, todos los zapateros estaban en la misma familia; los cerrajeros, los curtidores, etc. formaban tambien una misma familia; y todos juntos iban á sus trabajos, teniendo siempre á su prior á la cabeza y en defecto suyo á su segundo.

La primera familia era de aquellos á quienes se llamaba los ecónomos menores, ó ecónomos de segunda línea, que tenían cuidado de la mesa y de la cocina; la segunda era la de los enfermeros; la tercera de los porteros. Para esta se escogian personas graves y edificantes, llenas de caridad, y en estado de recibir á los huéspedes, cada uno segun su cualidad. Tenían tambien el cuidado de instruir á los que se presentaban para entrar en la órden hasta tanto que se les hubiese dado el habito religioso. Los priores de estas tres familias daban sucesivamente religiosos suyos para servir á los hermanos, y se les cambiaba todas las semanas, empezando la primera semana el de los ecónomos menores, y

despues el de los enfermeros y porteros. San Pacomio había establecido tambien procuradores para fuera, los cuales estaban encargados de ir á comprar lo que era necesario para el servicio de la comunidad. Cada comunidad tenía su prior y su ecónomo. Este era algunas veces el mismo superior del monasterio, segun hemos dicho antes. Él daba al procurador el dinero necesario para la compra, y á su vuelta el procurador le devolvía lo que le había quedado, no guardándolo jamás en su celda ni siquiera una sola noche.

Además de los ecónomos de cada monasterio, habia en Pabau el gran ecónomo de la Orden, y el procurador general destinado para ir á vender los trabajos de los hermanos y comprar la materia necesaria para hacer otros, la cual el ecónomo hacía en seguida distribuir entre los diferentes monasterios. De suerte que el ecónomo de Pabau tenía inspeccion sobre los trabajos de todos los monasterios, de los que llevaba cuenta exacta, que daba en la asamblea del mes de agosto, despues que cada superior habia en la misma dado la suya.

Tenian dos bajeles para el servicio de toda la Orden, destinados á llevar las mercaderías á Alejandria y otras partes, y á traer de allí provisiones. Hemos visto que Apolonio, prior de Moncosa, quiso tener un bajel particular para su monasterio, en tiempo del gobierno de Orsise, y el cisma que esto estuvo á punto de ocasionar en la Orden; porque San Pacomio quería que los bienes fuesen comunes á todos los monasterios, para hacer más estrecha y mejor cimentada la union de los diferentes miembros de su congregacion.

Finalmente todo estaba perfectamente bien ordenado en la órden de Tabennes tanto para lo espiritual como para lo temporal, y esta hermosa armonia estaba fundada únicamente para facilitar la santificacion de los hermanos. Así

que en cuanto á lo espiritual no les faltaba ningun medio para adquirir la perfeccion religiosa, y hasta los tenían en abundancia: instrucciones, lecturas, correcciones, oraciones, sacramentos, buenos ejemplos, todo era empleado por la regla y por la vigilancia de los superiores para hacerlos santos. En cuanto á lo temporal, las cosas estaban arregladas de tal manera que por esta parte no tuviesen solicitud alguna que, por poco que fué, pudiese apartarles del cuidado de su adelantamiento en la piedad, sino que al contrario más bien sirviesen para ayudarles á ella.

La regla del angel, segun refiere Paladio, manda dividir á todos los solitarios en veinte y cuatro grupos segun el número de las veinte y cuatro letras griegas, y dar á cada grupo el nombre de una de estas letras comenzando por la *alfa*, y terminando por la *omega*; de suerte que se acomodase este arreglo segun el humor é inclinacion de cada uno, y que se diese, por ejemplo, á los más inocentes y sencillos, el nombre de *iota*, que es la letra más pequeña y más sencilla, y el nombre de *xi* á los que eran de un temperamento pesado y difícil, tan bien designado por la figura bizarra é irregular de esta letra. Por este medio, cuando el superior quería informarse del temperamento de alguno de sus solitarios, fácilmente podía comprender cuál era, al señalarle la letra en la que le habian puesto. Pero esto era un misterio en la Orden, el cual solo era conocido por aquellos á quienes habia sido dada su inteligencia para el gobierno.

Bulteau hablando de esto, dice que cada bando ó casa de religiosos, esto es, lo que nosotros hemos llamado las familias, debía ser marcada por una letra del alfabeto griego; y añade que ordinariamente se ponian en la misma casa los religiosos que se ocupaban en los mismos trabajos. Pero esto no deja de tener su dificultad; porque estaba establecida esta division segun las letras del alfabeto griego

para designar el caracter de cada particular, más bien que para indicar las diferentes familias. De suerte que, si servia para indicar las familias, hubiera sido necesario que todos los que fuésen de un carácter cándido é inocente hubiesen sido de la misma familia, lo cual no habría sido un gran inconveniente para aquellos, pero hubiéralo sido muy grande si se hubiesen colocado en la misma familia los que eran de un carácter pesado y difícil, designado por la letra *xi*, puesto que muchas personas de este carácter no pueden vivir mucho tiempo juntos.

Parece, pues, que esta division de los religiosos de Tabennes segun las veinte y cuatro letras del alfabeto, no era para distinguir las casas ó familias, sino solamente para distinguir los caracteres religiosos, y los cuales en la lista que el superior tenia de sus nombres, estaban divididos en veinte y cuatro clases, segun el nombre de aquellas letras, y colocado cada uno bajo una de ellas que designaba su carácter. Podemos creer tambien que se servian de las letras del alfabeto griego para distinguir las familias, señalando á cada una de ellas con una letra; y en esto no hay ningun inconveniente, y hasta se encuentra sobre el particular algun indicio en la regla.

Tal era, pues, el gobierno de la orden de Tabennes considerado en general. Ahora hay que entrar en los detalles de la disciplina.

Aun cuando los monges de Tabennes fuesen en tan gran número como hemos dicho, no se sigue de ello que fuesen admitidos sin eleccion y sin pruebas todos los que pedian ser recibidos. Cuando se presentaba alguno para esto á la puerta del monasterio, no se le introducía al instante en el interior, sino que despues de haber dado de ello aviso al superior, se le dejaba fuera durante algunos dias para asegurarse de su buena voluntad con su perseverancia. Casiano dice que esto era á lo menos por espacio de diez dias, y que